

EL SIONISMO NORTEAMERICANO

Tres textos de Edward W. Said

I

“Cualquier acuerdo de paz que se construya sobre la alianza con EE.UU. será una alianza que confirme el poder sionista, más que confrontarlo”.

Este es el primero de una serie de [tres] artículos que versarán sobre el tergiversado y escasamente entendido papel jugado por el sionismo norteamericano en la cuestión palestina. En mi opinión, el papel de los grupos sionistas organizados y sus actividades en EE.UU. no han recibido la suficiente atención durante el periodo del llamado “proceso de paz”, carencia que yo por mi parte encuentro absolutamente pasmosa, dado que la política palestina ha sido esencialmente la de arrojar nuestro destino como pueblo en brazos de EE.UU., sin tener ningún conocimiento estratégico de cómo la política estadounidense está efectivamente dominada, por no decir completamente controlada, por una pequeña minoría, cuyos puntos de vista sobre la paz en Oriente Medio son de algún modo más extremos incluso que los del Likud israelí.

Dejen que les ofrezca un pequeño ejemplo. Hace un mes, el periódico israelí *Ha'aretz* envió a uno de sus principales columnistas, Ari Shavit, a que viniese varios días a charlar conmigo. Un buen resumen de nuestra larga conversación apareció en forma de entrevista en el suplemento del periódico, publicado el 18 de agosto [de 2000], prácticamente sin cortes y sin haber sido censurado. Expresé mis puntos de vista con sinceridad, haciendo énfasis en el derecho al retorno, los acontecimientos de 1948 y la responsabilidad de Israel en todo este asunto. Me sorprendió que mis puntos de vista fueran presentados tal y como yo los expresé, sin el más mínimo retoque editorial por parte de Shavit, cuyas preguntas fueron en todo momento formuladas cortésmente y sin ánimo de pelea.

Transcurrida una semana tras la entrevista, se publicó una respuesta a la misma escrita por Meron Benvenisti, ex teniente de alcalde de Jerusalén durante el mandato de Teddy Kollek. Fue repugnantemente personal, llena de insultos contra mí y mi familia. Pero [Benvenisti] nunca negó que existiera un pueblo palestino o que los palestinos fueron expulsados en 1948. De hecho, lo que dijo fue: “Les hemos conquistado, así que ¿por qué hemos de sentirnos culpables?” Una semana más tarde, respondí a Benvenisti en *Ha'aretz*. Lo que escribí fue igualmente publicado en su totalidad, sin cortes. Les recordé a los lectores israelíes que Benvenisti era

responsable (y probablemente estuviese al tanto del asesinato de varios palestinos) de la destrucción de Haret al-Magharibah en 1967, por la cual varios cientos de palestinos perdieron sus hogares a manos de las excavadoras israelíes. Pero no me vi en la obligación de recordarles ni a Benvenisti ni a los lectores de *Ha'aretz* que existimos como pueblo y que al menos podemos debatir nuestro derecho al retorno. Eso se daba por supuesto.

Hay aquí dos cuestiones. Una es el hecho de que la entrevista completa no podría haber aparecido en ningún periódico estadounidense, y desde luego no en un periódico judío norteamericano. Y aún en el caso de que esa entrevista hubiera tenido lugar, las preguntas habrían tomado un tono de confrontación, lleno de bravuconadas, insultante, con preguntas como: "¿Por qué se ha visto usted involucrado en actividades terroristas?"; "¿Por qué usted no reconoce el Estado de Israel?"; "¿Por qué Hachch Amín era un nazi?" y cosas por el estilo. En segundo lugar, un sionista israelí de derecha como Benvenisti, sin importar cuánto pudiera odiarme a mí o a mis ideas, no negaría nunca que existe un pueblo palestino que fue obligado a marcharse en 1948. Un sionista estadounidense diría que no existió ninguna conquista o, como Joan Peters alegó en un libro ya extinto pero en ningún caso olvidado, publicado en 1984 bajo el título de *From time immemorial* [*Desde tiempo inmemorial*] (que, por cierto, ganó todos los premios judíos cuando apareció), que no hubo palestinos que vivieran en Palestina antes de 1948.

Todo israelí admitirá sin rodeos (y sabe perfectamente bien) que todo lo que hoy es Israel fue una vez Palestina, que, como Moshe Dayan dijo abiertamente en 1976, cada ciudad y pueblo israelí tuvieron una vez un nombre árabe. Benvenisti afirma abiertamente: "Sí, nosotros los conquistamos, y que qué pasa con eso. A ver, ¿por qué tenemos que sentirnos culpables por haber ganado?" El discurso sionista norteamericano no es nunca tan directo ni tan honesto: siempre hay que andarse con rodeos, hablar de cómo se hizo florecer el desierto, hablar de la democracia israelí, etc., evitando de un modo absoluto los temas esenciales de 1948, que sí han vivido de hecho los israelíes. Para el norteamericano, estos hechos son casi fantasía o mito, nunca realidad. Tan alejados de la realidad están los estadounidenses que apoyan a Israel, tan atrapados dentro de las contradicciones del sentimiento de culpa de la diáspora con todo el triunfalismo que supone ser la minoría más poderosa y que más éxito ha tenido en EE.UU. (porque después de todo, ¿qué significado tiene ser sionista y no emigrar a Israel?), que lo que emerge de todo esto es muy a menudo una aterradora mezcla de violencia indirecta contra los árabes, un temor y un odio profundos hacia ellos, que es el resultado de no haber estado directamente en contacto con ellos, por contraposición con los judíos israelíes.

Para el sionista norteamericano, por lo tanto, los árabes no son seres reales, sino fantasías que representan casi todo aquello que puede ser demonizado y despreciado, muy especialmente el terrorismo y el antisemitismo. Recientemente he recibido una carta de un antiguo estudiante, una persona que ha tenido el privilegio de recibir la mejor educación que alguien puede recibir en EE.UU., que

todavía tiene el valor de preguntarme con toda la franqueza y la educación del mundo por qué yo, como palestino, todavía permito que un nazi como hachch Amín¹ determine mi agenda política. “Antes de hachch Amín –escribe– Jerusalén no era importante para los árabes. Debido a su maldad, [Amín] convirtió Jerusalén en un tema importante para los árabes, simplemente para hacer fracasar las aspiraciones sionistas que siempre habían considerado Jerusalén como algo importante”. Ésta no es la lógica de alguien que ha vivido con árabes y sabe algo concreto sobre ellos. Es la lógica de una persona que habla a través de un discurso bien organizado y lo hace guiado por una ideología que considera a los árabes solamente como funciones negativas, como la encarnación de violentas pasiones antisemitas. Por lo tanto, [los árabes] son gente contra la que hay que luchar y, llegado el caso, a la que hay que desposeer de todo. No es casualidad que Baruch Goldstein, el espantoso asesino de 29 palestinos que rezaban tranquilamente en la mezquita de Hebrón, fuese norteamericano, lo mismo que el rabino Meir Kahane. Lejos de constituir ejemplos aberrantes que avergüenzan a sus seguidores, tanto Goldstein como Kahane son reverenciados hoy en día por otros muchos de su calaña.

La mayor parte de los fanáticos colonos de extrema derecha que están en tierra palestina, hablando sobre “la Tierra de Israel” sin ningún tipo de remordimientos como si fuera de ellos, odiando e ignorando a los propietarios y residentes palestinos que viven a su alrededor, son también estadounidenses. Verles caminar por las calles de Hebrón como si la ciudad árabe fuese enteramente suya da miedo, un miedo agravado por la actitud desafiante y llena de desprecio de la que hacen gala frente a la mayoría árabe.

Saco a relucir todo esto porque quiero resaltar una cuestión esencial. Cuando, tras la Guerra del Golfo, la OLP adoptó la decisión estratégica (que, por otra parte, ya había sido adoptada por otros dos países árabes antes que la OLP) de trabajar con el gobierno de EE.UU. y a ser posible con el poderoso lobby que controla todas las discusiones sobre política de Oriente Medio, tomaron esa decisión (lo mismo que los

¹ La controvertida trayectoria de hachch Amín al-Husaini refleja las dificultades de la primera resistencia palestina al proyecto sionista. Desde su posición como gran muftí de Jerusalén alentó la revuelta de 1929, y también lideró la insurrección palestina de 1936-39 desde la presidencia del Alto Comité Árabe. En el contexto de enfrentamiento palestino con Gran Bretaña, la entonces potencia mandataria, hachch Amín al-Husaini declaró sus simpatías por la Alemania nazi, lo que al estallar la Segunda Guerra Mundial le llevó al exilio en Bagdad y posteriormente en Berlín. Aunque intentó tener un activo papel en los planes de posguerra para la región, el desprestigio de sus veleidades nazis y la nueva fuerza de los planes de la ONU de partición de Palestina lo fueron superando, hasta quedar arrinconado cuando su proyecto de instalar un gobierno palestino en la zona palestina conservada por los árabes en 1948 se esfumó, al anexionarse el emir Abdallah Cisjordania. El término hachch es un título honorífico de carácter religioso [Nota de CSCAweb].

otros dos países que lo habían hecho con anterioridad) sobre la base de una profunda ignorancia y unas suposiciones extraordinariamente equivocadas. La idea, tal y como la expresó un diplomático árabe poco después de 1967, era la de rendirse por completo, y decir, “ya no vamos a luchar más”. Existían razones objetivas para defender este punto de vista en aquel entonces, lo mismo que existen ahora, sobre todo el que continuar luchando tal y como los árabes habían hecho históricamente conduciría únicamente a la derrota y al desastre total. Sin embargo, creo firmemente que fue un error de bulto arrojar a los brazos de EE.UU. y decir, en efecto, que ya no íbamos a luchar, que nos dejaran unírnos a ellos, pero que, por favor, nos trataran bien. La esperanza era que si nosotros cedíamos y decíamos no ser sus enemigos, seríamos recibidos como sus amigos árabes.

El problema radica en la disparidad de poder que siempre ha existido. Desde el punto de vista del poderoso, ¿qué diferencia hay en términos de estrategia si tu débil adversario cede y dice que ya no tiene nada más por lo que luchar: “aquí me tienes”, “quiero ser tu aliado”, “solamente te pido que intentes comprenderme un poquito mejor y así quizás puedas ser un poco más justo”? Un buen modo de responder a esta pregunta en términos prácticos y concretos es echar una mirada a la campaña senatorial de Nueva York, Estado en el que Hillary Clinton compite con el republicano Rick Lazio por el escaño que en la actualidad tiene el demócrata Daniel Patrick Moynihan, que va a retirarse. El año pasado, Hillary dijo que ella estaba a favor del establecimiento de un Estado palestino y, durante una visita formal a Gaza con su marido, abrazó a Soha Arafat. Desde que la carrera por el Senado ha comenzado en Nueva York, Hillary ha superado incluso a los sionistas más conservadores en su fervor por Israel y su oposición a Palestina, yendo incluso tan lejos como para pedir que la embajada de EE.UU. se traslade de Tel Aviv a Jerusalén y, aún peor, que se sea clemente con Jonathan Pollard, el espía israelí condenado por espionaje contra EE.UU. que en la actualidad está cumpliendo una sentencia de cadena perpetua. Sus adversarios republicanos han intentado ponerla en ridículo llamándola “amiga de los árabes”, así como mediante la publicación de una fotografía en la que se la veía abrazando a Soha. Dado que Nueva York es la fortaleza del poder sionista, atacar a alguien con epítetos tales como “amante de los árabes” o “amiga de Soha Arafat” equivale al peor insulto posible. Y todo esto ocurre a pesar de que Arafat y la OLP son abiertamente aliados de EE.UU. y reciben ayuda financiera y militar norteamericana, al tiempo que en lo relativo a la seguridad se benefician del apoyo de los servicios de la CIA. Mientras, desde la Casa Blanca se publicó una foto de Lazio dándose un apretón de manos hace dos años con Arafat. Desde luego, una patada bien se merece una respuesta igual.

Lo que de verdad cuenta es que el discurso sionista es un discurso sobre el poder y en ese discurso los árabes son el objeto del poder; objeto, por otra parte, despreciado. Al haberse rendido ante este poder como antagonista vencido, [los árabes] nunca podrán esperar estar en una situación de igual a igual con ese mismo poder. De ahí el insultante y degradante espectáculo facilitado por Arafat (que será por siempre jamás el símbolo de la enemistad en la mente sionista), utilizado en un

concurso local dentro de EE.UU. por dos oponentes que intentan demostrarse el uno al otro quién es más proisraelí. Y ni siquiera Hillary Clinton o Rick Lazio son judíos.

En mi próximo artículo discutiré cómo la única estrategia política abierta a los árabes y los palestinos dentro de EE.UU. no es un pacto con los sionistas de aquí ni con la política estadounidense, sino una campaña masiva que se dirija a la población, intercediendo por los derechos humanos, civiles y políticos palestinos. Cualquier otro arreglo, bien sea [los Acuerdos de] Oslo, bien Camp David, estará llamado a fracasar porque, hablando claro, el discurso oficial está dominado por el sionismo y, con algunas excepciones a título individual, no existen alternativas al mismo. Por lo tanto, cualquier acuerdo de paz que se construya sobre la alianza con EE.UU. será una alianza que confirme el poder sionista, más que confrontarlo. Someterse de un modo tan débil a la política [estadounidense] sobre Oriente Medio controlada como lo está por el sionismo, como los árabes llevan haciendo ya durante una generación, no traerá ni estabilidad en la región, ni igualdad o justicia en EE.UU. Aún así, la ironía es que dentro de EE.UU. existe un número considerable de gente dispuesta a mostrarse crítica tanto con Israel como con la política exterior de EE.UU. La tragedia es que los árabes son demasiado débiles, están demasiado divididos, demasiado desorganizados y son demasiado ignorantes como para aprovecharse de esta situación. Más adelante hablaré sobre estas cuestiones, porque mi objetivo es llegar a una nueva generación que quizás se encuentra desanimada debido al estado miserable y denigrante en el que nuestro pueblo y nuestra cultura se encuentran en la actualidad, así como al sentido de pérdida humillante e indigna que todos experimentamos como resultado de ello.

II

“Los Acuerdos de Oslo supusieron la poco imaginativa aceptación por parte de los palestinos de la supremacía israelí-norteamericana, más que un intento por cambiarla”.

Desde que escribí mi último artículo sobre este tema hace ya dos semanas, tuvo lugar un pequeño (aunque potencialmente comprometedor) incidente. Martin Indyk, embajador de EE.UU. en Israel, por segunda vez durante el “mandato Clinton”, ha visto abruptamente retirada su acreditación de seguridad por parte del Departamento de Estado. La historia que se escucha es que [Indyk] utilizó su ordenador portátil sin las necesarias medidas de seguridad, y que en consecuencia bien podría haber suministrado información a personas no autorizadas. Consecuentemente, Indyk no puede entrar en el Departamento de Estado ni abandonarlo sin escolta, no puede permanecer en Israel y ha de someterse a una investigación a fondo.

Puede que nunca descubramos lo que realmente ha ocurrido. Pero lo que sí se conoce públicamente y de cualquier manera nunca se ha discutido en los medios de comunicación es el escándalo que envolvió al nombramiento de Indyk la primera vez. Justo cuando Clinton estaba a punto de ser investido como presidente en enero de 1993, se anunció que Martin Indyk, nacido en Londres y con nacionalidad australiana, había jurado como ciudadano estadounidense por deseo expreso del presidente electo. No se siguió el procedimiento habitual: fue un ejercicio autoritario de los privilegios del poder ejecutivo mediante el cual, tras haber obtenido la nacionalidad estadounidense, Indyk pudo convertirse de modo inmediato en miembro del Consejo de Seguridad Nacional, con responsabilidad directa en temas de Oriente Medio. Todo esto es, yo creo, el verdadero escándalo, y no la subsiguiente despreocupación o falta de atención de Indyk, y ni siquiera su complicidad al ignorar códigos oficiales de conducta. Porque, incluso antes de convertirse en la pieza clave del Gobierno de EE.UU. en un puesto de alto vuelo y que funciona de manera secreta, Indyk estaba ya a la cabeza del Washington Institute for Near East Policy (Instituto Washington para la Política de Oriente Medio), una organización paraintelectual comprometida con la defensa activa de Israel, y cuyo trabajo está coordinado con el del AIPAC (American Israel Public Affairs Committee [Comité Israelí-Americano de Asuntos Públicos]), el lobby más poderoso y temido de todo Washington. Merece la pena apuntar asimismo que Dennis Ross, asesor del Departamento de Estado, que se ha hecho cargo del proceso de paz por parte norteamericana, también estuvo a la cabeza del Instituto Washington; de manera que el tráfico entre el lobby israelí y la política norteamericana en Oriente Medio no es solo extremadamente regular, sino que está asimismo bien regulado.

Durante años, el AIPAC ha tenido tanto poder no solo porque se sustenta en un grupo de población judía bien organizada, bien conectada, con un alto grado de

visibilidad pública, exitosa y rica, sino porque casi siempre se ha encontrado con muy poca oposición. Existe un miedo y un respeto por el AIPAC a lo largo y ancho de todo el país, pero especialmente en Washington, donde en cuestión de horas casi todo el Senado puede ser conminado a firmar una carta destinada al presidente en nombre de Israel. ¿Quién va a oponerse al AIPAC y continuar con su carrera en el Congreso, o encararle (vamos a suponer, en nombre de la causa palestina), cuando en realidad la susodicha causa no puede ofrecer nada a quien se enfrente al AIPAC? En el pasado, uno o dos miembros del Congreso se han enfrentado al AIPAC abiertamente, pero inmediatamente después su reelección fue bloqueada por los comités de acción política controlados por el AIPAC. Fin de la historia. El único senador que adoptó una postura remotamente similar a la de un opositor al AIPAC ha sido James Abu Rizk, pero él mismo no pretendía ser reelegido y, por razones personales, dimitió después de que su mandato de seis años terminara.

No existe ningún comentarista político que mantenga de manera absolutamente clara y abierta una posición de resistencia frente a Israel en EE.UU. Algunos columnistas liberales, como Anthony Lewis, del *New York Times*, escriben ocasionalmente de manera crítica sobre las prácticas de la ocupación israelí, pero nada se comenta sobre 1948 y toda la cuestión del desalojo palestino que está en la raíz de la propia existencia (y subsiguiente comportamiento) de Israel. En un artículo reciente, Henry Pracht (un antiguo oficial del Departamento de Estado), advierte sobre la asombrosa unanimidad de las opiniones vertidas en todos los medios de comunicación estadounidenses, desde las películas a la televisión, pasando por la radio, los periódicos, los semanarios o las publicaciones mensuales, cuatrimestrales o diarias: todo el mundo se mantiene firmemente al lado de la versión oficial israelí, que se ha convertido igualmente en la versión oficial norteamericana. Esta coincidencia es el [mayor] logro del sionismo norteamericano desde 1967, coincidencia que ha sido explotada en el discurso público sobre Oriente Medio. De modo que la política de EE.UU. es igual a la política israelí, excepto en aquellas raras ocasiones en las que Israel se ha extralimitado (véase el caso Pollard) y ha considerado oportuno hacer lo que le da la gana.

La crítica a las prácticas israelíes se ve, por tanto, limitada a salidas de tono y, por infrecuente, puede ser calificada de literalmente invisible. El consenso generalizado es tan poderoso y virtualmente inexpugnable que se impone sobre la mayoría. Este consenso está construido sobre las irrefutables verdades que hablan de Israel como una democracia (su virtud primordial), la modernidad de sus gentes y el carácter razonable de sus decisiones. El rabino Arthur Hertzberg, un clérigo liberal estadounidense muy respetado, dijo en una ocasión que el sionismo era la religión secular de la comunidad judía norteamericana. Este hecho se ve visiblemente confirmado por el apoyo de varias organizaciones norteamericanas, cuyo papel es el de controlar el espacio público en busca de infracciones, lo mismo que otras organizaciones judías manejan hospitales, museos o institutos de investigación por el bien de todo el país. Esta dualidad constituye una paradoja irresoluble, según la cual iniciativas públicas muy nobles coexisten con las más mezquinas e

inhumanas. Tomemos un ejemplo reciente: la Organización Sionista de América (ZOA), constituida por un grupo pequeño pero ruidoso de fanáticos, publicó un anuncio pagado en *The New York Times* el 10 de septiembre, en el que se dirigía a Ehud Barak como si este último fuera un empleado de los judíos norteamericanos, recordándole que esos seis millones [de judíos norteamericanos] constituían un grupo mayor que los cinco millones de israelíes que habían decidido emprender negociaciones sobre Jerusalén. El lenguaje utilizado en el anuncio no era únicamente admonitorio, sino casi amenazante; se afirmaba que el Primer Ministro de Israel había decidido “de forma antidemocrática” emprender una acción considerada anatema por los judíos norteamericanos, que se sentían a disgusto con su comportamiento. No está en absoluto claro quién instigó a este pequeño y combativo grupo de fanáticos a sermonear al Primer Ministro israelí en un tono semejante, pero la ZOA se cree con derecho a intervenir en los asuntos de todo el mundo. Rutinariamente, escriben o llaman por teléfono al rector de mi universidad para pedirle que me expulse o me censure por algo que yo haya dicho, como si las universidades fueran guarderías y los profesores tuvieran que ser tratados como delincuentes menores de edad. El año pasado organizaron una campaña para conseguir que me destituyeran como presidente electo de la Modern Language Association, cuyos más de 30.000 miembros fueron sermoneados por la ZOA, al igual que otros tantos imbéciles. Esta es la peor modalidad de abuso estalinista, pero no es más que la expresión típica más fanática del sionismo norteamericano organizado.

Durante los últimos meses, varios escritores y editores judíos de derechas (entre ellos, Norman Podhoretz, Chrales Krauthammer y William Kristol, por mencionar solamente a algunos de los propagandistas más estridentes) han criticado a Israel por haberlos ofendido, como si encima a ellos les afectara más que nadie. El tono empleado en sus artículos es horrible, una combinación repugnante de arrogancia cínica, de sermoneo moralizante y de la más horrorosa hipocresía, todo ello hecho con un aire de absoluta confianza. Ellos simplemente suponen que, debido al poder de las organizaciones sionistas que apoyan sus censurables fanfarronadas, pueden irse de rositas pese a sus excesos verbales; pero, en realidad, lo que ocurre es que pueden hacerlo, porque la mayoría de los norteamericanos desconoce de qué se está hablando o simplemente está acobardada y calla. Poco tiene esto que ver con la actualidad política de Oriente Medio. La mayor parte de los israelíes con un poco de sensibilidad los miran además con disgusto.

El sionismo norteamericano ha llegado prácticamente a un nivel de fantasía pura, en el cual todo lo que sea bueno para el feudo de los sionistas norteamericanos y su discurso en extremo ficticio, es bueno también para América y para Israel, y evidentemente, para los árabes, musulmanes y palestinos, que no parecen ser nada más que un conjunto de molestias sin importancia. Quien se atreve a desafiarles o a retarles (especialmente si se trata de un árabe o de un judío crítico con el sionismo), se ve sometido al más horrible de los abusos y vituperios; todo ello de modo personal, racista e ideológico. Son implacables: carecen de

cualquier atisbo de generosidad o genuina comprensión humana. Decir que, de algún modo, sus análisis y diatribas están hechas al estilo del Antiguo Testamento es insultar al mismo Antiguo Testamento.

En otras palabras: aliarse con ellos, tal y como los Estados árabes y la OLP han tratado de hacer desde la Guerra del Golfo, es una muestra de la ignorancia más estúpida. Ellos se oponen vehementemente a todo lo que defienden los árabes, los musulmanes y, muy especialmente, los palestinos, y antes que firmar la paz con nosotros, harían saltar todo por los aires. Claro que también es cierto que la mayor parte de los ciudadanos de a pie se sorprende por el tono tan vehemente que utilizan, aunque en realidad desconocen lo que se esconde detrás del mismo. Cuando uno habla con norteamericanos que no son ni árabes ni judíos, existe una sensación de asombro y exasperación ya rutinaria frente a la actitud implacablemente amedrentadora [que muestran], como si todo Oriente Medio estuviese a su disposición para hacer y deshacer. He llegado a la conclusión de que en EE.UU. el sionismo no es solamente una fantasía construida sobre unos cimientos muy débiles, sino que además es imposible que establezcamos una alianza o esperar que se produzca ningún intercambio racional. Pero sí se le puede rebasar y vencer.

Desde mediados de la década de los ochenta he venido diciendo a los líderes de la OLP y a todos los palestinos y árabes que conozco que los intentos de la OLP para que su voz llegue a los oídos del presidente [estadounidense] son una ilusión total, dado que todos los presidentes recientes han sido sionistas devotos, y que la única manera de cambiar la política norteamericana y conseguir la autodeterminación es mediante una campaña masiva a favor de los derechos humanos palestinos, campaña que tendría el efecto de rebasar a los sionistas y que además llegaría directamente al pueblo norteamericano. Los norteamericanos, por falta de información pero también porque aún están abiertos a las llamadas que se hagan por una causa justa, reaccionarían tal y como lo hicieron frente a la campaña del Congreso Nacional Africano en contra del *apartheid*, lo cual finalmente condujo a que se produjera una transformación dentro de Sudáfrica. Es justo mencionar en este punto que James Zogby, que en su día fue un activista por los derechos humanos lleno de energía (antes de unirse a Arafat, al Gobierno de EE.UU. y al Partido Demócrata), fue uno de los impulsores de la idea. El hecho de que la haya abandonado totalmente indica cuánto ha cambiado [Zogby], pero no supone que la idea no siga siendo válida.

También me ha quedado claro que la OLP nunca pondrá en práctica esta idea por varias razones: [primero], porque requiere trabajo y dedicación. Segundo, porque significaría adoptar una filosofía política que estuviera realmente basada en una organización democrática de acción desde las bases. Tercero, porque tendría que ser un movimiento más que una iniciativa personal de sus líderes. Y, por último, porque requeriría un conocimiento real, que no superficial, de la sociedad norteamericana. Además, creo que la mentalidad convencional que nos ha ido sacando de Guatemala para meternos en Guatepeor es difícil de cambiar, y el tiempo me ha dado la razón. Los Acuerdos de Oslo supusieron la poca imaginativa

aceptación por parte de los palestinos de la supremacía israelí-norteamericana, más que un intento por cambiarla.

En cualquier caso, toda alianza o compromiso con Israel en las presentes circunstancias, en un momento en el que la política norteamericana está totalmente dominada por el sionismo norteamericano, está condenado a obtener más o menos los mismos resultados, tanto para los árabes como para los palestinos. Israel debe dominar, las preocupaciones de Israel son las que importan y las sistemáticas injusticias de Israel seguirán existiendo. A menos que uno se enfrente con el sionismo norteamericano y se le obligue a cambiar, los resultados seguirán siendo los mismos: la catástrofe y el descrédito para nosotros como árabes.

III

“Uno ya no sabe qué es peor: si la mentalidad de quien piensa que los palestinos no tiene siquiera derecho a expresar su sentido de la injusticia, o la de quienes siguen conspirando para prolongar su estado de esclavitud”.

Los acontecimientos de las últimas cuatro semanas en Palestina [la segunda Intifada] han supuesto, por primera vez desde el resurgimiento del movimiento palestino en la década de los sesenta, un triunfo casi absoluto para el sionismo en EE.UU. El discurso de los ámbitos público y político ha convertido de un modo definitivo a Israel en víctima de los últimos acontecimientos, todo ello a pesar de que son más de 140 los palestinos muertos y hay ya cerca de 5.000 heridos. Ahora resulta que es la “violencia palestina” la que ha roto el curso placentero y ordenado del “proceso de paz”.

Existe ahora una letanía de frases que sirve de punto de partida a cualquier comentarista, que se repite tal cual, frases que han quedado grabadas en los oídos, las mentes y la memoria como guía para despistados, como si se tratara de un manual o una máquina de hacer frases que han ido ocupando el espacio durante el último mes. Puedo repetir las casi de memoria: Barak hizo en Camp David un ofrecimiento [a los palestinos] más generoso que cualquier otro primer ministro anterior a él (el 90 por ciento del territorio y soberanía parcial sobre Jerusalén Este); Arafat fue un cobarde al que le faltó el valor necesario para aceptar la oferta israelí para poner fin al conflicto; la violencia palestina—dirigida por Arafat—supone una amenaza para Israel (y todo tipo de variaciones sobre el mismo tema, incluyendo el deseo de acabar con Israel, el antisemitismo, la furia suicida que nace del deseo de salir por la tele, colocar a los niños en la línea de fuego para que se conviertan en mártires, etc.); y, además, [todo esto] prueba que lo que motiva a los palestinos es un odio añejo hacia los judíos y que Arafat es un líder débil que permite que su gente ataque a judíos al liberar a terroristas y publicar libros de texto en los que se niega la existencia de Israel.

Existen probablemente una o dos fórmulas más que no he mencionado, pero, en general, el panorama es el de un Estado de Israel rodeado por bárbaros tirapiedras, de manera que incluso los misiles, los tanques o los helicópteros que se han usado para defender a los israelíes de la violencia no son más que una forma de protección contra una fuerza tan terrible. Las declaraciones de Bill Clinton (que su Secretaria de Estado ha repetido obedientemente como un loro) pidiendo a los palestinos que “se retiren” sugieren incluso que son los palestinos los que de hecho están invadiendo territorio israelí, y no al revés.

Merece la pena mencionar asimismo que la sionización de los medios de comunicación ha tenido tanto éxito que no se ha publicado ni en prensa ni en televisión un solo mapa que recuerde al lector y espectador norteamericano la existencia de

asentamientos israelíes, las carreteras y las barricadas que cruzan tierra palestina en Gaza y Cisjordania. Es más, tal y como ocurrió en Beirut en 1982, existe en la actualidad un verdadero cerco israelí impuesto sobre los palestinos, incluidos Arafat y sus hombres. Completamente olvidado queda ya (si es que alguna vez se entendió) el sistema de zonas A, B y C [establecido en los Acuerdos de Oslo] mediante el cual se mantiene la ocupación del 40 por ciento de Gaza y del 60 por ciento de Cisjordania, un sistema al que el proceso de paz no tenía intención de poner fin, ni mucho menos modificar en su totalidad.

La ausencia de lo geográfico en la mayor parte de conflictos que son geográficos [por naturaleza] hace pensar que el vacío resultante es un punto extremadamente vital, puesto que las imágenes que se proyectan son mostradas totalmente fuera de contexto. Creo que esta omisión por parte de los medios de comunicación bajo control sionista ha sido deliberada desde el principio, y ha terminado por automatizarse. Esto es lo que ha permitido que comentaristas tan farsantes como Thomas Friedman vayan por ahí pregonando su mercancía sin ninguna vergüenza, hablando interminablemente sobre la imparcialidad estadounidense, la flexibilidad y la generosidad israelíes, y su propio pragmatismo perspicaz con el que censura a los líderes árabes y aturde a sus aburridos lectores. Este vacío tiene también como resultado el de permitir que se mantenga la noción tan ridícula de que habrá un ataque palestino sobre Israel, pero es también este vacío el que deshumaniza aún más, si cabe, a los palestinos como si fueran animales que ni sienten ni padecen. Por lo tanto no me sorprende que cuando se habla de cifras de muertos y heridos, no se mencione la nacionalidad: los norteamericanos asumen así que el sufrimiento se reparte por igual entre “las partes en conflicto”; de hecho, así se eleva el sufrimiento judío y se reducen o eliminan por completo los sentimientos árabes, excepto, por supuesto, los sentimientos de ira. La ira y todos sus elementos afines son lo único que define con certeza y seguridad el sentir de los palestinos; [la ira] explica la violencia y, de hecho, la reconstruye de tal modo que Israel termina convertido en el representante de la decencia y la democracia, siempre rodeado de ira y violencia. De ninguna otra manera se puede explicar esto de los tirapiedras y la valiente defensa israelí.

Nada se dice de las demoliciones de casas, las expropiaciones de tierra, las detenciones ilegales, la tortura y cosas por el estilo. No se habla nunca de la que es, con excepción de la ocupación japonesa en Corea, la ocupación militar más larga de la época moderna; nada sobre las resoluciones de Naciones Unidas; nada sobre las violaciones por parte israelí de todas las convenciones de Ginebra; nada sobre el sufrimiento de un pueblo y la terquedad del otro. Olvidadas quedan la catástrofe de 1948, la limpieza étnica y las masacres, la devastación de Qibya, Kafr Qassem, Sabra y Chatila, los largos años que tuvieron que vivir los ciudadanos israelíes no judíos bajo un régimen militar, por no hablar de la opresión continua a la que se han visto sometidos como una minoría perseguida dentro del Estado judío, en el cual constituyen el 20 por ciento [del total de la población]. Ariel Sharon es a lo más un provocador, nunca un criminal de guerra. Ehud Barak es un “hombre de Estado”, no

el carnicero de Beirut. El terrorismo siempre procede del campo palestino; la defensa, del israelí.

Lo que Friedman y otros pacifistas israelíes no dicen cuando hablan de la generosidad sin precedentes de Barak es lo que verdaderamente cuenta de dicha propuesta. No se nos recuerda que el compromiso de Barak de cumplir con el tercer plazo de la retirada del 12 por ciento del territorio acordada en Wye hace ya 18 meses nunca ha tenido lugar. ¿De qué nos valen entonces tantas concesiones? Se nos dice que Barak estaba dispuesto a devolver el 90 por ciento del territorio. Lo que no se dice es qué parte de ese 90 por ciento Israel no tiene intención de devolver. [Solamente] el [denominado] “Gran Jerusalén” ocupa ya más del 30 por ciento de Cisjordania; los asentamientos que serían anexionados [a Israel] suponen otro 15 por ciento; las carreteras militares de ciertas áreas están aún por determinar. Así que, después de restar todo esto, el 90 por ciento de lo que queda no es tanto.

Jerusalén: la concesión israelí consistía en estar dispuestos a discutir y quizás (pero solo quizás), ofrecer algún tipo de soberanía compartida sobre la Explanada de las Mezquitas. La parte más deshonesta del asunto es que todo Jerusalén Occidental (que era en 1948 principalmente árabe), ya había sido cedida por Arafat, amén de una gran parte de Jerusalén Este. Un detalle más: rutinariamente, se habla de los disparos por arma corta de palestinos sobre Gilo, sin mencionar que Gilo está situado sobre tierra confiscada a Beit Jala², el lugar desde donde se dispara. Además, Beit Jala ha sido desproporcionadamente atacada por helicópteros israelíes con misiles destinados a destruir hogares civiles.

He hecho un repaso de los principales periódicos. Desde el 28 de septiembre, se ha publicado una media de entre uno y tres artículos de opinión en periódicos como *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal*, *Los Angeles Times*, y *The Boston Globe*. Con la excepción de tres artículos escritos desde un punto de vista propalestino en *Los Angeles Times* y otros dos artículos publicados en *The New York Times* (uno de una abogada israelí, Alegria Pacheco; el otro de un periodista jordano partidario de los Acuerdos de Oslo, Rami Khoury), todos los artículos (incluyendo los de columnistas que escriben con regularidad, como Friedman, William Safire, Charles Krauthammer y otros como ellos), han apoyado a Israel, el proceso de paz en el que EE.UU. ha actuado como mediador y la idea de que la culpa de todo lo ocurrido la tiene la violencia palestina, la falta de cooperación por parte de Arafat o el fundamentalismo islámico. Todos estos escritores son ex militares norteamericanos, pero también funcionarios, defensores a ultranza de Israel,

² Beit Jala, localidad vecina de Belén y bajo control de la Autoridad Palestina, fue ocupada por el ejército israelí en la madrugada del martes 28 de agosto, durante 48 horas. Israel justificó tal medida, clara violación de los Acuerdos de Oslo, por el motivo indicado por Said, los disparos efectuados desde sus casas sobre el asentamiento de Gilo.

estrategas y expertos o miembros de lobbies y organizaciones proisraelíes. En otras palabras: existe un consenso generalizado basado en la suposición de que, o bien no existe ninguna opinión árabe o islámica acerca de temas tales como las tácticas israelíes de terror contra civiles, las prácticas colonialistas de los asentamientos, o la ocupación militar, o que, de existir tales opiniones, no merecen ser escuchadas. Sencillamente, ésta es una situación sin precedentes en los anales del periodismo norteamericano, reflejo directo de la actitud sionista que convierte a Israel en patrón ideal del comportamiento humano, excluyendo cualquier consideración sobre la existencia de 300 millones de árabes y casi 1.200 millones de musulmanes [en el mundo]. A largo plazo, ésta es desde luego una actitud suicida para los sionistas, pero es tal la arrogancia de su poder que esto parece no habersele ocurrido aún a nadie.

Esta actitud que he descrito es verdaderamente asombrosa por temeraria, y si no fuera una distorsión de la realidad tan practicada como real, uno podría pensar que estamos hablando de una forma bastante singular de trastorno mental. Pero es una actitud que se corresponde con la política oficial israelí de tratar a los palestinos no como un pueblo con una historia de desahucio del cual Israel es en gran medida responsable directo, sino como una molestia periódica contra la cual la única respuesta posible es el uso de la fuerza, nunca la comprensión o el acuerdo pleno. Cualquier otra opción es literalmente impensable. Esta ceguera tan asombrosa se ve agravada en EE.UU. debido a que no se presta ninguna atención a los árabes y musulmanes, salvo (como ya indiqué en otro artículo) cuando sirven como blanco de cualquier político que aspire a algo. Hace algunos días, Hillary Clinton anunció, en un gesto de la hipocresía más repugnante, que se disponía a devolver una donación de 50.000 dólares de un grupo musulmán norteamericano porque, según ella, el susodicho grupo apoyaba el terrorismo. De hecho, esto es una mentira como un templo, porque el grupo en cuestión únicamente había dicho que apoyaba la resistencia palestina contra Israel durante la actual crisis, lo cual no es en sí mismo una postura negativa; pero sí es una postura que está desde luego criminalizada dentro del sistema norteamericano, por la sencilla razón de que el sionismo totalitario exige que cualquier crítica (y quiero decir literalmente cualquier crítica) hacia las acciones de Israel sea simplemente intolerable y deba ser considerada como muestra del más rancio antisemitismo. Y todo ello a pesar de que el mundo entero ha criticado la política israelí de ocupación militar, la violencia desproporcionada y el cerco al que se ven sometidos los palestinos. En EE.UU., uno ha de abstenerse de cualquier crítica, o de lo contrario esperar que le cuelguen el cartel de antisemita, con todo el oprobio que ello conlleva.

Otra peculiaridad añadida del sionismo norteamericano, sistema de pensamiento antitético y distorsión orwelliana por excelencia, es que no está en absoluto permitido hablar de violencia judía o de acciones judías cuando se habla de Israel, a pesar de que todo lo que hace Israel se hace en el nombre del pueblo judío, por y para el Estado judío. Nunca se dice que, dado que el 20 por ciento de la población [de Israel] no es judía, tal denominación es errónea; lo cual también explica la enorme

discrepancia que de un modo absolutamente deliberado existe entre lo que los medios denominan “árabes israelíes” y “los palestinos”. Ningún lector puede saber que a fin de cuentas se trata del mismo pueblo, dividido de hecho a causa de la política sionista, o que ambas comunidades son la representación de los resultados de la política israelí: *apartheid* en un caso, ocupación militar y limpieza étnica en el otro.

En resumen: el sionismo norteamericano ha convertido cualquier discusión pública sobre Israel (receptor de la mayor parte de la ayuda exterior norteamericana), sobre su pasado y su futuro, en un tema tabú que no debe ser tocado bajo ninguna circunstancia. No es exagerado decir que éste es el último tabú que existe en el discurso norteamericano. El aborto, la homosexualidad, la pena de muerte e incluso el sacrosanto presupuesto militar son objeto de discusión con cierta libertad, aunque siempre dentro de los límites establecidos. Se puede quemar una bandera norteamericana en público, pero es virtualmente impensable hablar del trato que durante los últimos 52 años y sistemáticamente Israel ha dispensado a los palestinos.

Este consenso podría llegar a tolerarse más o menos si no fuera porque convierte en virtud el castigo continuo y la deshumanización a la que se somete al pueblo palestino. No existe ningún pueblo sobre la faz de la tierra cuyo asesinato, retransmitido por televisión, sea considerado como algo aceptable y como un castigo bien merecido por el telespectador norteamericano. Este es el caso de los palestinos, cuyas pérdidas diarias de vidas son englobadas bajo el titular de “la violencia de ambas partes”, como si las piedras y las hondas de los jóvenes cansados ya de tanta injusticia y tanta represión fuesen un insulto y no una forma de resistir valerosamente al destino tan degradante con el que les obligan a batirse no solo los soldados israelíes armados por EE.UU., sino un proceso de paz diseñado con la finalidad de encerrarlos como gallinas en bantustanes y reservas que son más propias para los animales que para las personas.

El verdadero crimen es el hecho de que quienes dentro de EE.UU. apoyan a Israel hayan podido conspirar durante siete años para terminar elaborando un documento especialmente diseñado para encerrar a la gente como si fuesen internos de un manicomio o una prisión. Que más encima esto se haya hecho pasar como paz, en lugar de la desolación que ha sido durante todo [este] tiempo, eso sí que sobrepasa toda mi capacidad de entender o describir adecuadamente la situación como algo menos que inmoralidad sin límites. Lo peor de todo es que el telón que protege el discurso norteamericano sobre Israel tiene tanto acero que no es posible siquiera sembrar alguna duda en las mentes de los hacedores de Oslo, que durante siete años han estado haciendo creer al mundo que su plan era un plan de paz. Uno ya no sabe qué es peor: si la mentalidad de quien piensa que los palestinos no tiene siquiera derecho a expresar su sentido de la injusticia (puesto que no llegan a la categoría de humanos para tener tales sentimientos) o la de quienes siguen conspirando para prolongar su estado de esclavitud.

Si esto fuera todo, la cosa ya sería lo suficientemente mala. Pero es que además, el estado miserable que afecta a todo lo relacionado con el sionismo estadounidense se ve completado con la ausencia de cualquier institución, bien sea aquí, bien en el mundo árabe, que pueda producir una alternativa. Mucho me temo que la cobertura de las protestas de los tirapiedras en Belén, en Gaza, en Ramallah, en Nablús o en Hebrón, no encontrará una respuesta adecuada en el seno del vacilante liderazgo palestino, incapaz de retirarse o de seguir adelante. Eso es lo peor de todo.

ABSTRACT

The author describes how the American Zionist organizations have total control of U.S.A. government policies in the Middle East, the American media, and even over the Israeli government. The writer describes the American Jewish community as more extremist than the Israeli Likud party. He notes the misguided notions that American Jews have regarding the Palestinians, as they never bothered to know them. He criticizes Arab countries disunity and their American controlled governments. According to him, Camp David, the Oslo Accords or any other peace plan will fail as long as they are based on American-Israeli political control of any Middle East negotiations.